

Manuela Sáenz: “mi patria es el continente de la América”

Por *Jenny* LONDOÑO LÓPEZ*

MANUELA SÁENZ, quiteña de nacimiento, es sin duda una de las más importantes e interesantes mujeres de la época independentista. Fue excluida de la historia del siglo XIX y a lo largo del XX la mayoría de los historiadores resaltaron, fundamentalmente, su belleza, su inteligencia y su generosidad en el amor. Asimismo destacaron su perfil de amante de uno de los más importantes héroes americanos, Simón Bolívar. De esa forma silenciaban y ocultaban su pensamiento político, su actividad revolucionaria y su participación activa en la lucha por la independencia de los países bolivarianos.

Hasta hace poco tiempo, para la historiografía tradicional ecuatoriana y grancolombiana ella no pasaba de ser más que la amante de Bolívar y, como dijo Von Hagen, una amante cada vez más opacada y escondida, en aras de aquella transfiguración que sufriera Bolívar a partir de su muerte, cuando sus detractores decidieron convertirlo en héroe de piedra.

En aquella historiografía que nos fue enseñada en los colegios, Manuela era únicamente la mujer que, en un acto de valentía, un 25 de septiembre en Bogotá, salvó a su amado de un vil asesinato. Acto por el cual se la conoció con el apelativo de “la Libertadora del Libertador”, que el mismo Bolívar le dio en aquella ocasión.

Sin embargo, la vida de Manuela Sáenz deslumbra como un diamante de múltiples aristas, dignas de ser observadas y estudiadas una a una. Podemos hablar de la audaz pro independentista de los primeros tiempos, de la amada desafiante y leal compañera de Bolívar, de la política sagaz e intransigente, de la mujer perseguida y exiliada más allá de la vida y de la muerte, de la combatiente ganadora de inusuales grados militares y de la mujer libre, autónoma, ilustrada y librepensadora.

Manuela fue también una feminista temprana que rompió los esquemas sociales de su época —impuestos por la moral tradicional y el patriarcalismo milenarismo— al abandonar a su esposo para seguir al

* Socióloga dedicada a la investigación histórica sobre la participación de las mujeres en la Colonia, Independencia y Revolución Liberal en la Audiencia de Quito; cofundadora y miembro del Secretariado Ejecutivo Nacional de la Coordinadora Política de Mujeres Ecuatorianas y activista del Movimiento de Mujeres del Ecuador; e-mail: <jenny_londono@yahoo.com>.

hombre que amaba, en una época en la que la Iglesia no aceptaba que se rompiera el “sagrado” vínculo del matrimonio. Manuela, a despecho de muchos, no actuó jamás como la “querida vergonzante” sino como la compañera legítima de Bolívar, aun cuando las cartas de su amado mostraban su permanente preocupación por el tema.

A Manuela podemos abordarla como la combatiente que rompió con las estrictas normas vigentes en la época, vistió uniforme militar, aprendió a usar armas, desarrolló tácticas de espionaje para ayudar a los planes independentistas, aportó a las campañas la mayor parte de los caudales heredados de su familia materna, participó en acciones militares y escaramuzas para detener las sublevaciones contra Bolívar; asimismo tomó parte en las batallas independentistas de diferentes maneras, incluso como combatiente.

También es importante su inédita condición de mujer autónoma, profundamente dueña de sus actos. Manuela se enamoró de Bolívar y sin pensarlo dos veces se enredó sentimentalmente con él. Discutía con el Libertador respecto a los asuntos políticos, sin dejarse subordinar cuando ella creía tener la razón. Desobedece a Bolívar cuando él le pide que no haga locuras (esas supuestas locuras son las estratagemas que ella inventa para salvarle la vida), que no se involucre en las cuestiones del Estado grancolombiano, que no participe en las batallas et-cétera.

Es notable la inconmensurable dignidad que la hizo renunciar a la herencia dejada por su esposo cuando la miseria rondaba sus puertas. Se negó a volver a Ecuador cuando el Congreso ecuatoriano revocó la prohibición de su entrada al país por considerar que ya no tenía importancia su presencia, reducida como estaba a un sillón, envejecida y desengañada de las vanas adulaciones de la gloria que un día le había abierto sus doradas puertas.

A Manuela se la puede considerar también como la primera exiliada de América, ya que fue expulsada de las repúblicas por cuya libertad tanto luchó al lado de Bolívar. Las oligarquías locales de las nuevas repúblicas tenían planes muy ambiciosos y a la muerte del Libertador vieron la oportunidad para consolidar su poder en cada una de aquellas naciones pues no estaban dispuestas a permitir, por considerarlo inconveniente para sus mezquinos proyectos de apropiación, que se siguiera preconizando la unidad grancolombiana, uno de los sueños de Bolívar y Manuela. El desmembramiento fue inevitable y ella se convirtió en una de las víctimas.

En las últimas décadas, la explosión de diferentes movimientos sociales que reclamaban el derecho a su propia identidad, en especial el

de las mujeres, generaron transformaciones importantes en la sociedad y en las ciencias sociales, en particular en la historiografía, que empezó a plantearse una visión mucho más totalizadora y equitativa e incorporó a las mujeres como elementos fundamentales y necesarios del escenario y quehacer histórico. Así pues, comenzó a ser reconocida e investigada la presencia de las mujeres en los distintos procesos económicos y sociales en el mundo y en América Latina, en donde de manera muy reciente hemos empezado a apropiarnos de una historia que hasta ahora nos era desconocida.

Reivindicamos en este artículo tres importantes trabajos que desde diversos ángulos disciplinarios, pero fundamentalmente historiográficos, abordan la vida de Manuel Sáenz y aportan datos históricos más exactos: *Manuelita Sáenz, mujer de América*, de Antonio Cacia Prada (biografía novelada, 2002); *Manuela Sáenz, presencia y polémica en la historia*, de María Mogollón y Ximena Narváez (estudio crítico y exhaustivo del personaje y su pensamiento que analiza fuentes y obras biográficas, 1997); y *Manuela Sáenz, la gran verdad*, de Ketty Romo-Leroux (estudio sociológico-político, 2005).

Verdades y mentiras sobre la vida de la heroína

MANUELA SÁENZ fue una mujer rebelde y contestataria. Marcada como hija “ilegítima” desde su nacimiento, pues éste fue resultado de los amores prohibidos de doña Joaquina Aizpuru, joven soltera de noble cuna, con don Simón Sáenz, español y regidor de Quito, casado con doña Juana María del Campo Larrahondo y Urrutia, en Popayán, Nuevo Reino de Granada, residente en Quito. También la marcó la muerte de su madre a temprana edad,¹ razón por la cual fue depositada en el Monasterio de la Concepción y siete años más tarde, continuó su crianza en el hogar de su padre, chapetón recalcitrante, en donde, obviamente, no debió sentirse con todos los derechos y con la seguridad afectiva que necesitaba (algunos historiadores han señalado equívocamente que la madre sobrevivió al parto de Manuela durante varios años).

Por todo ello, Manuelita acabaría por desarrollar una personalidad explosiva y justiciera y esa especial tendencia suya a despreciar la mojigatería e hipocresía de la sociedad colonial, como se desprende de las anécdotas narradas por algunos de sus contemporáneos. Aún así se conoce que tuvo una muy buena relación con su madre adoptiva, doña Juana María del Campo, y con uno de sus hermanos, a quien

¹ La madre de Manuela falleció el 25 de enero de 1796 como consta en el Libro de Defunciones N.º. folio 15, de la parroquia El Sagrario, en Quito.

también estuvo unida en los ideales libertarios, José María Sáenz del Campo.

La que se considera su más importante biografía lleva por título *Manuela Sáenz* (1944), fue escrita por Alfonso Rumazo González y ha sido reeditada en dieciséis ocasiones. Sin embargo, aunque es la primera que reconoce la actividad independentista y el pensamiento político de la heroína, cae en la repetición de algunos de los “chismes” de Boussingault, basados en rumores malintencionados, y maneja una posición ambigua sobre Manuela, a la que en algunas ocasiones alaba y en otras ataca con comentarios mordaces y moralistas. La mayoría de sus biógrafos y quienes escribieron novelas históricas sobre su vida partieron de la biografía de Rumazo González y —por ende— mantienen presentes algunos de los mitos que en ella se sostienen.

De esta cosecha forma parte el mito de la fuga de Manuela del convento de Santa Catalina de Siena, en el que ingresó en 1813, para recibir la única educación permitida a las mujeres en aquella época. De acuerdo con los informes de Boussingault, Manuela habría sido raptada por un tal Fausto Delhuyar, mito que fue desmontado por Bernardo J. Caicedo, presidente de la Academia Colombiana de Historia, en artículo publicado el 31 de mayo de 1964 en el diario *El Tiempo* de Bogotá, en el que demuestra que Fausto Delhuyar, hijo del médico José Delhuyar, vivió en México y jamás estuvo en la Audiencia de Quito.² La otra prueba irrefutable de la falsedad de este hecho es que no aparece ninguna demanda legal por el rapto realizado, delito que, al ser perpetrado en una hija de familia criolla de noble cuna, no podría pasar desapercibido en dicha época y que muy seguramente hubiera obligado al raptor a casarse con la joven Manuela para tapar la deshonra familiar.

También es importante hacer hincapié en que la actividad militante de Manuela a favor de la causa libertaria de los pueblos grancolombianos no empezó a partir de su relación con el Libertador, pues cuando vivía en Perú, adonde fue a residir con su esposo inglés, James Thorne, ella había ganado ya un puesto en la historia de la independencia peruana cumpliendo múltiples tareas en favor de la revolución, asistiendo a las tertulias de Rosita Campuzano y de otras destacadas pro independentistas que se reunían en aquel entonces en Lima, espiando a los oficiales realistas y haciendo un trabajo de propaganda sobre la necesidad de la independencia, al punto de conseguir la adhesión del Batallón Numancia, en el que participaba su hermano José María.

² Antonio Cacia Prada, *Manuelita Sáenz: mujer de América*, Quito, Fondo Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2002, p. 48.

El 11 de enero de 1822, una vez independizado Perú, el general José de San Martín, con el asesoramiento de su ministro don Bernardo Monteagudo, expidió el Decreto Supremo que creó la Orden del Sol del Perú y asignó la imposición de dicha banda condecorativa a las mujeres que hubiesen contribuido ostensiblemente a la causa independentista. Fueron condecoradas ciento doce seglares y treinta y dos monjas con el grado de Caballeresas del Sol. Entre las primeras se encontraban las marquesas de Torre Tagle, Casa Boza, Castellón y Casa Muñoz, así como Rosita Campuzano, la guayaquileña que fuera compañera de José de San Martín; y, desde luego, la más notable de todas las caballeresas, Manuela Sáenz y Aizpuru.³

De alguna manera Manuelita había recibido la influencia de muchas mujeres que la precedieron en el pensamiento libertario en la Audiencia de Quito, donde se había producido ya un sangriento y memorable primer grito de Independencia (1809-1810) en el que participaron mujeres y sobre las cuales también la historiografía nacional tendió un velo de olvido: mujeres como Manuela Espejo (hermana del precursor Eugenio Espejo), Manuela Cañizares (en cuya casa se realizaron las reuniones de los conspiradores), Josefa Tinajero, Mariana Matheu de Ascásubi (la más importante escritora de la época), María Ontaneda y Larrayn, Antonia Salinas, Josefa Escarcha, Rosa Zárate (heroína y mártir), María de la Vega, Rosa Montúfar y Larrea y mujeres del pueblo como María de la Cruz Vieyra, las conocidas como la Costalona y la Monja y muchísimas más que serán innumerables por su injusto anonimato.

Manuela lleva ya en su corazón una profunda escisión, por un lado su padre, chapetón recalcitrante y anticriollo, y por otro su familia materna, orientada hacia la defensa del criollismo. El 14 de noviembre de 1816, Manuela viaja a Panamá con su padre, don Simón Sáenz de Vergara, y allí conoce al naviero James Thorne y Wardlor, quien sería su marido y a quien algunos biógrafos han dado el título de doctor, falacia que también ha sido desmentida.⁴ Ella acepta el matrimonio concertado por su padre con dicho próspero comerciante, que le doblaba la edad y que residía en Lima, muy seguramente deslumbrada por la posibilidad de viajar a otro país y conocer nuevas gentes y culturas.

El domingo 27 de julio de 1817 Manuela y James contrajeron matrimonio en la Iglesia de San Sebastián en Lima y celebraron apoteósicamente dicha boda. Nuestra heroína tenía 22 años. Al poco

³ Evaristo San Cristóbal, *Manuela Sáenz la Libertadora del Libertador*, Lima, s.e., 1958, p. 12.

⁴ Cacia Prada, *Manuelita Sáenz: mujer de América* [n. 2], pp. 57-58.

tiempo Manuela entablaba una relación de entrañable amistad con Rosita Campuzano, la heroína guayaquileña residente en Lima, y se comprometía con la causa de la independencia peruana.⁵

Participación política en la Independencia

EN 1821 Manuela envía poderes legales a Quito para tramitar su derecho a la herencia de su madre y abuelo materno; en 1822, viaja con sus esclavas Jonatás y Nathán, a quienes profesa un inmenso cariño, para hacerse cargo de dichos trámites. A su llegada a Quito se hospeda en casa de su medio hermano Juan Antonio Sáenz del Campo y se encuentra con su otro hermano José María, a quien José de San Martín había condecorado con la Cruz de los Libertadores, el 25 de agosto de 1821.

Manuela se entrevista con los oficiales del ejército libertador de Quito, entre ellos el general Antonio José de Sucre, con quien establece una hermosa y estrecha amistad que durará hasta el fin de sus días, y conoce también al coronel José María Córdoba con el que no tuvo la misma buena relación. Luego participa activamente con sus dos esclavas, dona mulas y dinero para pertrechos militares y cumple tareas de apoyo logístico y humanitario en la Batalla de Pichincha, que se da el 24 de mayo de 1822 y en la que pelea su hermano José María bajo las órdenes del joven y apuesto general Sucre. Más tarde Manuela participa en los preparativos para recibir a Simón Bolívar, el Libertador, el 16 de junio de 1822. Bolívar tenía 39 años y Manuelita 27.⁶ Desde el momento en que se conocen se enamoran, bailan toda la noche, como si no existiera nadie más, y se inicia entre ellos una relación que será muy criticada debido al estado civil de Manuela. Ella asume el reto y desafía la doble moral colonial, que conoce de sobra y desprecia, y es consecuente con ese amor hasta su muerte.

Su relación amorosa con Bolívar está llena de dificultades y, sobre todo, de ausencias. La mayor parte del tiempo permanecen separados a causa de los múltiples viajes del Libertador. Ella va ganando, gradualmente, títulos militares como el de húsar, capitán de húsar y teniente de húsar por su permanente dedicación y trabajo al servicio de la causa de la Independencia.⁷

⁵ *Ibid.*, p. 59.

⁶ *Ibid.*, p. 75.

⁷ Carlos Álvarez Saá, *Manuela, sus diarios perdidos y otros papeles*, Quito, Imprenta Mariscal, 1994, p. 31.

En 1824 Manuela insiste ante Bolívar para que la autorice a participar en la Batalla de Junín y él, que siempre se había resistido, acepta. El cruce de correspondencia es tan claro que nos inhibe de otros comentarios:

Cuartel General en Huaraz, a 9 de junio de 1824

Manuelita:
Mi adorada:

Tú me hablas del orgullo que sientes de tu participación en esta campaña. Pues bien mi amiga. Reciba usted mi felicitación y al mismo tiempo mi encargo. ¿Quiere usted probar las desgracias de esta lucha? ¡Vamos! El padecimiento, la angustia, la impotencia numérica y la ausencia de pertrechos hacen del hombre más valeroso un títere de la guerra [...] Tú quieres probarlo [...]

Por lo pronto no hay más que una idea que tildarás de escabrosa: pasar al ejército por la vía de Huaraz, Olleros, Chovein y Aguamina al sur de Huascarán. ¿Crees que estoy loco? Esos nevados sirven para templar el ánimo de los patriotas que engrosan nuestras filas. ¡A que no te apuntas! [...]

A la amante idolatrada
Bolívar

* * *

Huamachuco, 16 de junio de 1824

Mi querido Simón:

Mi amado: las condiciones adversas que se presenten en el camino de la campaña que usted piensa realizar, no intimidan mi condición de mujer. Por el contrario. ¡Yo las reto! ¿Qué piensa usted de mí? Usted siempre me ha dicho que tengo más pantalones que cualquiera de sus oficiales ¿o no? De corazón le digo, no tendrá usted más fiel compañera que yo y no saldrá de mis labios queja alguna que lo haga arrepentirse de la decisión de aceptarme. ¿Me lleva usted? Pues allá voy. Que no es condición temeraria ésta, sino de valor y de amor a la independencia (no se sienta usted celoso).

Suya siempre
Manuela⁸

Las difíciles condiciones del viaje no permitieron que Manuela llegara a tiempo, sino tres días después, pero ella se incorpora a curar heridos y enterrar muertos después de la Batalla de Junín.⁹ En cambio, participa

⁸ *Ibid.*, pp. 78 y 79.

⁹ Según los datos del historiador colombiano Cacia Prada, *Manuelita Sáenz: mujer de América* [n. 2].

de manera activa en la Batalla de Ayacucho, al punto que, el mismo general Sucre le envió carta al Libertador detallando su valerosa actuación y solicitando se le promoviese a un rango superior. La comunicación de Sucre rezaba así:

Ayacucho, Frente de Batalla, diciembre 10 de 1824.
A.S.E. el Libertador de Colombia, Simón Bolívar

[...] Se ha destacado particularmente doña Manuela Sáenz por su valentía; incorporándose desde el primer momento a la división de Húzares y luego a la de Vencedores, organizando y proporcionando el avituallamiento de las tropas, atendiendo a los soldados heridos, batiéndose a tiro limpio bajo los fuegos enemigos; rescatando a los heridos. La Providencia nos ha favorecido demasíadamente en estos combates. Doña Manuela merece un homenaje en particular por su conducta; por lo que ruego a S.E. le otorgue el grado de Coronel del Ejército colombiano.¹⁰

Simón Bolívar toma la decisión de concederle el ascenso militar y esto le causa terribles problemas con el vicepresidente de Colombia, general Francisco de Paula Santander, quien protesta indignado contra dicha exaltación y le exige que degrade a Manuela Sáenz, pues considera que es denigrante para los militares que se le conceda este tipo de reconocimientos a una mujer. Bolívar se rehúsa a esta petición diciéndole:

¿Que la degrade? ¿Me cree usted tonto? Un Ejército se hace con héroes (en este caso heroínas), y éstos son el símbolo del ímpetu con que los guerreros arrasan a su paso en las contiendas, llevando el estandarte de su valor —y continúa— usted tiene razón de que yo sea tolerante de las mujeres a la retaguardia: pero yo le digo a usted S.E. que esto es una tranquilidad para la tropa, un precio justo al conquistador el que su botín marche con él. ¿O acaso usted olvidó su tiempo?¹¹

Manuela Sáenz estampaba sus convicciones de manera directa y cruda. Era una librepensadora que detestaba el fanatismo religioso, una mujer franca, abierta y cabal, hecho que quedó estampado en una de las más bellas cartas que escribió a su esposo James Thorne explicándole, con toda la sinceridad que siempre la caracterizó, la grandeza de su amor por Bolívar:

¹⁰ Ramón J. Velásquez, *Los pasos de los héroes*, 3ª ed., Caracas, Fondo Editorial Nacional, 1999, citado en *ibid.*, pp. 109-110.

¹¹ Carta del general Sucre a Bolívar, en Álvarez Saá, *Manuela, sus diarios perdidos y otros papeles* [n. 7], p. 85.

¡No, no y no, por el amor de Dios, basta! ¿Por qué se empeña en que cambie de resolución? Mil veces no, señor mío. Es usted excelente, inimitable. Pero amigo, no es grano de anís que lo haya dejado por el general Bolívar, dejar a un marido sin sus méritos no sería nada. ¿Cree por un momento, que después de ser amada por este general durante años, de tener la seguridad de que poseo su corazón, voy a preferir ser la esposa del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo o de los tres juntos?

Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah! yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarnos mutuamente.

Déjeme en paz mi querido inglés, déjeme en paz. Hagamos en cambio otra cosa. Nos casaremos cuando estemos en el cielo, pero en esta tierra, ¡no!, ¿Cree que la solución es mala? ¡Entonces diría yo que es usted muy descontento!

En nuestro hogar celestial, nuestras vidas serán eternamente espirituales. Entonces todo será muy inglés, porque la monotonía está reservada para su nación (en amor, claro está, porque en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y la Marina?). El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia, el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cautela, la chanza sin risa. Éstas son formalidades divinas, pero yo miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de toda esa seriedad inglesa, ¡cómo padeceré en el cielo! Tanto como si me fuera a vivir a Inglaterra o Constantinopla. Pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres aunque usted no lo haya sido conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo. ¿Tengo mal gusto?

Pero basta de bromas. En serio sin ligereza con toda la escrupulosidad, la verdad y la pureza de una inglesa, nunca más volveré a su lado. Usted anglicano y yo atea. Éste es un gran obstáculo religioso; el que ame a otro es una razón todavía mayor y más fuerte. ¿Ve con qué formalidad razono?

Siempre suya, Manuela¹²

Ésta y muchas otras cartas muestran una arista destacada de su personalidad, el gran sentido del humor que tenía Manuela y algo que es característico de las mujeres que rompen los esquemas tradicionales: la capacidad para burlarse de sí mismas y de todo, con una fina ironía, producto de una elevada inteligencia.

¹² Carta de Manuela a James Thorne en Emil Ludwig, *Bolívar el caballero de la gloria y la libertad*, Enrique Planchart, trad., Buenos Aires, Losada, 1958, p. 191.

La silenciosa salvadora de Bolívar

A partir de la ruptura definitiva con Thorne, Manuela estará permanentemente cerca del Libertador. Ella era una mujer muy sagaz en la política y a más de defender los ideales de la unidad bolivariana, estaba siempre al tanto de todo lo que sucedía a su alrededor. En todo momento, cerca o lejos, ella era los ojos y oídos de Bolívar, estaba atenta a todo acontecimiento político y en esta tarea le ayudaban sus esclavas, que poseían un desarrollado olfato político, entrenado a lo largo de años de acompañar a su ama en semejantes lides. Esto convierte a Manuela en el centro de los odios de quienes detestaban a Bolívar. Por ejemplo, cuando Santander y otros desarrollan sus planes para eliminar al Libertador, Manuela es la primera que lo descubre y le informa, pero éste se resiste a creerlo.

Bogotá, julio 29 de 1828

Simón mi hombre amado:

Estoy metida en la cama por culpa de un resfrío, pero esto no disminuye mi ánimo en salvaguardar su persona de toda esa confabulación que está armando Santander. Dígame Usted, que por esto pesqué el resfrío; por asistir a una cita. Supe esta tarde, a las 10, los planes malvados contra su ilustre persona, que perfeccionan Santander, Córdoba, Crespo, Serena y otros, incluidos seis ladinos. Incluso acordaron el santo y seña. Estoy muy preocupada y si me baja la fiebre voy por usted que es un desdichado de su seguridad.

Manuela¹³

Al otro día, Manuela vuelve a insistir, pues sabe que en ello se juega la vida del Libertador:

Bogotá, agosto 1° de 1828

General Simón Bolívar:

Le ruego por lo que más quiera en este mundo (que no soy yo), no asista a ese baile de disfraces; no porque usted se encuentre obligado en obedecerme, sino por su seguridad personal que en mucho estimo, cosa que no hacen ni sus generales ni la guardia. Desista usted por Dios de esa invita-

¹³ *Simón Bolívar y Manuela Sáenz, correspondencia íntima*, Quito, Centro de Estudios Felipe Guamán Poma, 1996, p. 139.

ción, de la cual no se me ha hecho llegar participación, y por esto haré lo que tenga que hacer en procura de su desistimiento. Sabe que lo amo y estoy temerosa de algo malo.

Manuela

Una semana después, Manuela vuelve a la carga, hace lo imposible por evitar la asistencia de Bolívar a la fiesta de disfraces.

Bogotá, agosto 7 de 1828

Señor General Simón Bolívar.

Muy Señor mío:

Tengo a la mano todas las pistas que me han guiado a serias conclusiones de la bajeza en que han incurrido Santander y los otros en preparar a usted un atentado. Horror de los horrores, usted no me escucha; piensa que sólo soy mujer. Pues sepa usted que además de mis celos, mi patriotismo y mi grande amor por usted, está la vigilia que guardo sobre su persona que es tan grata para mí.

Le ruego, le imploro, no dé usted la oportunidad, pues han conjurado al golpe de las doce ¡asesinarlo! De no escucharme usted me verá hacer hasta lo indebido por salvarlo.

Manuela¹⁴

Pero Bolívar estaba muy disgustado con Manuela debido al simulacro de fusilamiento de Santander, realizado por ella en una fiesta que organizó en la Quinta en ausencia de Bolívar, y que había sido un gran escándalo en la ciudad de Bogotá. Bolívar, indignado, no le respondía ni la llamaba y ella había tenido que ir a vivir a media cuadra del Palacio de San Carlos, para no interferir con los asuntos de Estado. Los guardias de Bolívar no le permitían entrar a Palacio. De este modo y desoyendo el consejo de Manuela, Bolívar fue a la fiesta que se llevó a cabo el 10 de agosto de 1828 y en la que estaba planeado asesinarlo a las doce de la noche. Manuela, angustiada, se presentó a las puertas del Palacio vestida de húsar como era su costumbre cuando estaba en campaña militar y acompañada de sus esclavas, pero el alcalde de Bogotá, don Ventura Ahumada, no le permitió el ingreso. Volvió entonces a su casa y se disfrazó de loca desarrapada y con sus criadas volvió al lugar del baile y armó un gran escándalo en la puerta, exigiendo ver al general Bolívar, quien debió salir muy molesto y avergonzado y así Manuela cumplió su cometido de hacerlo salir temprano del lugar, liberándolo de una muerte segura. Después de unos días, Bolívar bus-

¹⁴ *Ibid.*, pp. 140 y 142.

có a Manuela porque había sido enterado por el coronel Fergusson de todo el plan siniestro preparado para su asesinato. Manuela lo perdonó como siempre.¹⁵

El 25 de septiembre de 1828 los conspiradores realizaron otra tentativa que estuvo a punto de liquidar físicamente al Libertador, y que fracasó porque la presencia de Manuela en el Palacio salvó nuevamente a Bolívar cuando, llevada por su percepción de mujer luchadora, lo obligó a saltar por una de las ventanas hacia una calleja vecina y ella, haciendo gala de su permanente valor, enfrentó a los conspiradores que llegaron en grupo, fuertemente armados y, ante su airada respuesta, perdieron un tiempo precioso antes de darse cuenta de que el Libertador se había fugado. Afirma Rumazo González que:

Trata entonces uno de los conjurados de descerrajar un tiro sobre la valerosa mujer, Hormet lo impide, gritando: ¡no hemos venido a matar mujeres! Alguien la tira al suelo y le da cobardemente un puntapié en la cara y la arrastran al dormitorio, donde déjanla con centinelas de vista. Asómase a la ventana y ve que venía corriendo el edecán Fergusson. Trata de entrar pistola en mano. Carujo le mata de un tiro.¹⁶

Así Manuela se salva de una muerte segura y con tristeza ve morir a Fergusson, edecán y buen amigo de Bolívar. Cuando el Libertador logra volver, con el respaldo de los patriotas que lo apoyaban, la declara “Libertadora del Libertador” y poco después empiezan los juicios sumarios a los principales conspiradores, algunos de los cuales van al cadalso mientras el autor intelectual, Francisco de Paula Santander, es expatriado. Ciertamente Bolívar no murió pero la vivencia de este brutal atentado marcó su decaimiento espiritual. Su salud se afecta sensiblemente y se ve obligado a entregar el mando al general Domingo Caicedo.

Muerte de Bolívar y exilios de Manuela

LA separación de la Gran Colombia se precipita, a pesar de los esfuerzos de Bolívar, de Sucre y de Manuela. Una vez que el Congreso sella la separación de Venezuela y concluye la discusión de la Carta Fundamental, Bolívar plantea su deseo de alejarse de Colombia “para

¹⁵ Véase Ketty G. Romo-Leroux, *Manuela Sáenz: la gran verdad*, Guayaquil, Universidad de Guayaquil, 2005, pp. 176-177.

¹⁶ Alfonso Rumazo González, *Simón Bolívar*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2003, p. 338.

que mi permanencia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos”, y empieza a hacer maletas para viajar hacia el Atlántico. Mediante documento público regala su quinta de Bogotá a su amigo José Ignacio París y se hospeda en casa del general Herrán, mientras Manuela alquila una casa para ella. A los pocos días, en *La Gaceta de Venezuela* un artículo de opinión lo declaraba traidor a dicho país y pedía que fuera proscrito.¹⁷ Ésta fue la última puñalada contra el libertador de cinco naciones, quien partió el 8 de mayo hacia el último viaje de su vida, despedido por sus amigos más cercanos y por su amada Manuela, quien jamás imaginó que ése era su último abrazo pues, acostumbrada a verlo renacer de sus cenizas, pensó que muy pronto Bolívar volvería triunfante a Bogotá.

En Colombia empieza una campaña para desprestigiar a Bolívar y destruir su memoria y Manuela con sus esclavas se enfrenta a quienes se burlan del Libertador. De pronto los pueblos venezolano y colombiano se levantan en diversas partes en apoyo a Bolívar. Manuela se mueve de un lado a otro, apoyando la insurrección. El presidente Mosquera y el vicepresidente Caicedo se ven obligados a dimitir y entregar el poder al general Urdaneta que comanda la revolución. Le piden a Bolívar que vuelva a Bogotá y se haga cargo del poder, pero él se niega terminantemente, está desencantado de todo y muy cerca del final, que se produce el 17 de diciembre de 1830.

La muerte del héroe sorprendió a Manuela y su primera reacción fue la de suicidarse haciéndose morder de una víbora, mordedura de la cual se salvó. Aún así, en medio de su tremendo dolor, defendió la memoria del Libertador de todos aquellos que pretendían enlodarla y fue la víctima propiciatoria de quienes lo habían combatido en vida. Una desgracia nunca viene sola y el gobierno colombiano le pide que devuelva el archivo del Libertador a lo cual ella se niega rotundamente y empieza a ser perseguida y acosada. Treinta días después, el 4 de junio, es asesinado en Berruecos su mejor amigo, Antonio José de Sucre. La conspiración antibolivariana va en aumento. Cae Urdaneta en mayo de 1831.

El general José María Obando asumió el poder de Colombia el 23 de noviembre del mismo año. El nuevo Congreso de la República había permitido el regreso del general Francisco de Paula Santander, su acérrimo enemigo, quien volvió como presidente electo del Estado de Nueva Granada. Obando no sólo “suprimió del escalafón militar a los jefes y oficiales que reemplazaron el gobierno elegido en el Congreso

¹⁷ *Ibid.*, pp. 358-359.

Admirable de 1830 y sostuvieron la dictadura del general Rafael Urdaneta”, sino que también despojó de su grado militar y de la renta correspondiente a Manuela Sáenz,¹⁸ quien para la fecha había dilapidado su fortuna debido a los permanentes donativos hechos a la causa de la independencia (algo parecido pasó con Bolívar, quien murió en extrema pobreza). No olvidemos también que Manuela perdió su dote, que era considerable, al abandonar a su esposo.

1833 es un año de conspiraciones militares y se reactiva la persecución a Manuela, que está cada vez más empobrecida. En 1834, le ordenan salir de Bogotá en un plazo de trece días, a lo cual se niega. Es detenida con sus esclavas y encerrada en la prisión de mujeres. “Ocho presidiarios y diez soldados, más el alcalde y el alguacil, fueron necesarios para apresar a la quiteña y sus dos negras. Esto muestra el prestigio de temple varonil que tenían”.¹⁹

Al otro día fue expulsada de Colombia y zarpó en el único barco que viajaba a Jamaica, adonde llegó en mayo de 1834. Allí fue recibida y ayudada por Maxwell Hislop, quien en 1815 había servido y apoyado a Bolívar durante su permanencia en dicha isla. Para octubre de 1835, Manuela decide volver a Ecuador, su tierra natal, y viaja con sus esclavas Jonatás y Rosa, pues Nathán se casó en Jamaica y decidió quedarse allí.

Manuela ingresa a Ecuador y desde Guayaquil inicia el largo recorrido que la llevará a Quito, pero es detenida en Guaranda por una orden del entonces presidente Vicente Rocafuerte, quien supuso que venía a vengarse por la muerte de su querido hermano, el general José María Sáenz, asesinado alevosamente. Rocafuerte la expulsa de su propio país y se expresa de ella en los peores términos, influido por la estrecha amistad que mantenía con la familia Garaycoa de Guayaquil, cuyas mujeres idolatraban a Bolívar y odiaban a Manuela, entre otras cosas porque habían albergado la secreta ilusión de que Bolívar estableciera una relación definitiva con doña Simona Joaquina, a quien llamaba “la Gloriosa” en sus afectuosas cartas.

El historiador Rumazo Gonzalez defiende a Rocafuerte señalando que quien está receloso de Manuela en verdad es Juan José Flores, quien la conoce a fondo. Ketty Romo-Leroux señala en cambio que Flores intercedió por Manuela ante Rocafuerte y que recibió la siguiente respuesta:

¹⁸ Carta de Bolívar a Santander, 17 de febrero de 1825, citado por Álvarez Saá, *Manuela, sus diarios perdidos y otros papeles* [n. 7], p. 90.

¹⁹ Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz: la Libertadora del Libertador (biografía)*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2007, p. 233.

Quito, 21 de octubre de 1835

Doña Rosa Gangotena ha vuelto de Cumbal y está trabajando a reanimar la chispa revolucionaria. Las mujeres son las que fomentan el espíritu de anarquía en estos países. El conocimiento de esta verdad hizo tomar a los ministros la providencia de hacer salir a Manuela Sáenz del territorio del Ecuador; y la interesante recomendación que usted me hace a su favor llegó tarde, al otro día de haber tomado la resolución de alejarla de este centro de intrigas. Vicente Rocafuerte²⁰

Juan José Flores no reclama a Rocafuerte por su decisión y al contrario asume una posición absolutamente servil ante éste y, en carta a Manuela, le pide que acepte dicha decisión pues el momento por el que pasa el gobierno es muy difícil. Sin embargo, Manuela escribe una larga e inteligente carta al señor ministro del Interior en la que defiende, con verdadera maestría, sus derechos de ciudadana y muestra su temple de digna luchadora.

Ante la imposibilidad de quedarse en Ecuador, se ventila la acogida por parte del gobierno de Perú, el cual acepta recibir a Manuela pero no en Lima sino en Paita, un pequeño, polvoriento y olvidado pueblo al norte de Perú, en la provincia de Piura. Manuela vivirá sus últimos años confinada cerca de Amotape, curiosamente el pueblo donde también en la más triste soledad vivió y murió Simón Rodríguez, el maestro del Libertador y otro entrañable amigo de Manuela.

A la muerte de Bolívar en 1830, Manuela tenía apenas 35 años, estaba en la flor de su juventud. En Paita, Manuela ejerció el único derecho que tenía allí: enviar cartas para enterarse y opinar sobre todo lo que pasaba en Ecuador y en otros países bolivarianos; a su querido amigo Juan José Flores enviaba noticias sobre lo que pasaba y se decía en Perú, y recibía a otros exiliados y visitantes. Vivió muchos años al lado de sus leales compañeras sin que se le conociera ninguna otra relación amorosa, lo que desmitifica la leyenda negra que un escritor oportunista como Denzil Romero le imputó. Su deceso se produjo el 23 de noviembre de 1856, a causa de una epidemia de difteria que afectó al puerto de Paita. Ella fue incinerada y arrojada a una fosa común junto a una de sus queridas esclavas que todavía le acompañaba y que murió también víctima de la peste maldita.

²⁰ Jorge Villalba, ed., *Manuela Sáenz, epistolario*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1986, p. 100, citado por Romo-Leroux, *Manuela Sáenz: la gran verdad* [n. 15], p. 234.

Durante todos esos años para sobrevivir trabajó haciendo dulces, vendiendo tabaco a los viajeros en una pequeña tienda, sirviendo de intérprete a viajeros ingleses o franceses que llegaban de lejanas tierras. Recibió la visita de importantes personajes de la política y de la literatura como Giuseppe Garibaldi, el revolucionario italiano fundador de la República y luchador en Brasil y Uruguay, quien había perdido ya a su compañera de vida y luchas libertarias, la inolvidable Anita. Otros visitantes ilustres fueron Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, quien murió en 1854; el escritor Herman Melville y Gabriel García Moreno, este último fue presidente y dictador del Ecuador entre 1859 y 1875.

¿Cómo explicaría este supremo desprendimiento Denzil Romero, aquel venezolano que usó el extraordinario personaje de Manuela para escribir una novela escatológica (1989) que lo llevaría a salir del anonimato y de la pobreza? ¿Cómo explicaría aquella dolorosa, pero digna soledad, que la otrora reina de la Magdalena asumió por el resto de su vida, a la muerte de su amado? Ella misma en sus cartas se lamenta de su situación:

Ocho años en Paita entorpecen, envilecen y empobrecen.²¹

Han pasado ya ocho años y sólo he visto miserias, pobreza, epidemias, susto de los peruanos (cobardes) que se alegran de la desgracia ajena. Un punto que sólo da lástima, donde el entorpecimiento está a la orden del día. ¿Cómo puede una mujer estar a la orden del día en cosas de la cultura? El mundo no se percata donde queda Paita.²²

Homenaje en Paita

COMO respuesta a las ofensas de Denzil Romero, un grupo de cuarenta mujeres ecuatorianas organizamos en Piura un Encuentro Internacional de mujeres ecuatorianas, peruanas, colombianas, venezolanas y cubanas. Nela Martínez, vieja luchadora y presidenta del Frente Continental de Mujeres contra la Intervención, capítulo Ecuador, encabezó esta excursión histórica y amorosa que nos llevó en una caravana por tierra hasta Perú. Este homenaje se realizó los días 22 y 23 de septiembre de 1989.

Mirábamos con angustia ese paisaje profundamente desolado del desierto que cubre la costa norte peruana, pero nos nutría de energía el

²¹ Carta al general Flores, en *ibid.*, p. 140.

²² Diario de Paita, en Álvarez Saá, *Manuela, sus diarios perdidos y otros papeles* [n. 7], p. 33.

saber que esos parajes habían sido mirados por Manuela Sáenz durante tantos años, antes de dejar esa silla sobre la cual debía permanecer todo el día desde que se rompió la columna en una aparatosa caída en 1847. Uno de esos días de modorra infinita ella debió escribir aquello de: “Que contraste Simón: de reina de la Magdalena a esta vida de privaciones. De caballeresa del sol a matrona y confitera; de soldado húzar a suplicante; de coronel del ejército a encomendera”²³

Recorrimos las calles polvorientas de Paita que sigue siendo un olvidado pueblito en el Pacífico. Ese día había una feria y vendían maravillosos dulces en las calles centrales del pueblo y yo me solazaba pensando que quizá era una costumbre que se conservaba de la época colonial y que, posiblemente, Manuela habría aportado a esa cultura gastronómica con los deliciosos dulces que aprendió a elaborar con las monjas Catalinas y que le ayudaron a sobrevivir en la pobreza de los últimos años.

En el pueblo había una presencia innegable de Manuela. Escuchamos fascinadas la anécdota contada y repetida por la tradición oral que recordaba que en los múltiples bautizos a los que la invitaban como madrina en Paita ella pedía a sus compadres que el niño o niña llevaran el nombre de Simón o Simona. La gente decía que en la casa donde habitó al momento de su muerte se habían encontrado sus espadas y las de Bolívar, pero no se supo quién se las llevó. Conocimos una de las casas en las que vivió y que estaba en mal estado y pedimos al entonces presidente del Perú, curiosamente el mismo de ahora, Alan García, que restaurara la casa que todavía quedaba en pie y que la convirtiera en museo y él se comprometió a hacerlo, pero terminó su mandato sin cumplir su promesa.

El alcalde de Paita entregó a nuestra delegación, en las manos de Nela Martínez, un acuerdo de declaración de visitantes ilustres y también se comprometió a investigar en qué lugar abrieron la fosa común para los muertos por la epidemia de difteria que se llevó a Manuela a la eternidad. De igual modo, prometieron presionar para que se cumpliera la promesa del entonces presidente Alan García. Desconocemos si algo de esto se llevó a cabo.

*“Mi patria es el continente de la América:
he nacido bajo la línea del Ecuador”*

LA anterior frase de Manuela, plasmada en una de sus cartas políticas, revela la síntesis de su pensamiento americanista similar al del Liberta-

²³ *Ibid.*

dor y que constituía todo un horizonte de proyectos políticos unitarios de los países hispanoamericanos. En general, la Historia con mayúscula se ha encargado de ir develándonos, de a poco, a una mujer mucho más completa y trascendente, porque a pesar de toda la persecución de que fue objeto, de las expulsiones, de las calumnias, de los penosos exilios, de la destrucción de sus documentos en Venezuela, en Colombia y muy posiblemente también en Ecuador y Perú, ella ha ido emergiendo de las tinieblas, del mismo modo en que la luz se impone a la oscuridad en cada nuevo amanecer. Ella ha ido creciendo ante los ojos de América y del mundo. De la manera más extraña e impredecible, así como era ella, algunos de sus papeles han aparecido y esperamos que sigan apareciendo documentos que permitirán iluminar un poco más los claroscuros de aquella generosa vida dedicada a las causas más nobles de su época.

La mejor defensa de Manuela la hizo Bolívar en carta al general Santander, fechada el 21 de septiembre de 1828:

En mi ausencia presidirá el Consejo el ministro secretario de Estado más antiguo. Tomo esta decisión no por dar más que el alivio a la patria de lo horrendo de la conjura de la cual se me hace víctima, y de la que usted es tan ajeno como Córdoba. No vacile usted en enfrentarme si es ésa su estima. Probaré que es útil en la consecuencia dar paz y tranquilidad, porque no deseo transigir de aquí en adelante por este siguiente motivo: Manuela es para mí una mujer muy valiosa, inteligente, llena del arrojo, que usted y otros se privan en su audacia. No saldrá (ahora menos) de mi vida por cumplir caprichos mezquinos y regionalistas. La que usted llama “descocada”, tiene en orden riguroso todo el archivo que nadie supo guardar más que su intención y juicio femeninos.

Pruebas de la lealtad de Manuela se han aparecido en dos ocasiones: el 10 de agosto, en la celebración del aniversario, comprometiendo su dignidad sólo para hacerme retirar del sitio de mis enemigos y salvar mi vida. ¿Qué no hubo tal para semejante excusa? Pregunte usted a don Marcelo Tenorio. Yo no me fio de las habladurías; ella misma me explicó este suceso, aun con el temor de que la corriera de Santa Fé. ¿Puedo yo ante la verdad elocuente desoirlo? Dígamelo usted o disuádame de lo contrario, que en usted veo aún dignidad por su posición; pretendiendo que yo he obrado a la ligera y que ella se sobra en mis decisiones. ¡Jamás! Si bien confío en ella ciegamente, no ha habido la más leve actitud en la persona de ella que demuestre desafecto o deslealtad; en fin no ha defraudado mi confianza.

Como supuesto todos saben que en mi recia personalidad no toleraría jamás una afrenta a mi dignidad, y por esto, Manuela no recogerá el fardo asqueroso de la desvergüenza sólo por ser mujer. Quienes así la denigran se

cargan con la miseria de su maledicencia, y la corrupción de sus palabras araganta sus pescuezos ávidos de la horca.

Si por esta útil y justiciera defensa me tildan con el oprobio insufrible de “tirano”, no me queda más que recurrir al espacio de la historia, donde se contemplaban los actos de los hombres, a quien la justicia divina da, en reciprocidad, el justo premio a sus virtudes, o el castigo a sus infamias.

Dios guarde a usted

Su excelentísimo el Libertador

Bolívar²⁴

De las buenas biografías de Manuela, pero sobre todo, de sus diarios, rescatamos la última arista de su personalidad y quizá la más revolucionaria: fue una internacionalista. Rechazó los conceptos regionalistas, las divisiones políticas impuestas por la fuerza de las armas. Se sentía americana y punto. Aquellos que la difamaron, adjetivándola con los peores epítetos: prostituta, depravada, descocada, quedaron desarmados ante su suprema lealtad, superior a la muerte, a la vejez y al abandono total. Los viles detractores que la condujeron al exilio y a la muerte no sospecharon jamás que ella habría de sobrevivir al ostracismo y al silenciamiento y como una “loca estrella” habría de recuperar su voz y su estatura a través de uno de los mitos más hermosos de América. Por ello, cuando despunta el día, los cultores de la libertad evocamos a la “amable loca” de Bolívar, diciéndole como Neruda:

Tu fuiste la libertad, libertadora enamorada.

Entregaste dones y dudas idolatrada irrespetuosa.

Se asustaba el búho en la sombra cuando pasó tu cabellera
y quedaron las tejas claras, se iluminaron los paragüas.

Las casas cambiaron de ropa. El invierno fue transparente.

Es Manuelita que cruzó las calles cansadas de Lima,

la noche de Bogotá, la oscuridad de Guayaquil,

el traje negro de Caracas.

Y desde entonces es de día.²⁵

²⁴ *Ibid.*, p. 137.

²⁵ Pablo Neruda, “La insepulta de Paita”, poema XII, en Arturo Valero Martínez, ed., *En defensa de Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*, Guayaquil, Editorial del Pacífico, 1988, p. 40.